



ESPIDO FREIRE

MI TÍA
JANE

La primera biografía
de Jane Austen

Mi tía Jane
La primera biografía de Jane Austen

1.ª edición: septiembre de 2025

© Del texto: Espido Freire, 2025
© Grupo Anaya, S. A., 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Ilustración de cubierta: Celia Mallada

Director editorial: Pablo Cruz
Edición: Rocío Alarcos
Asistente editorial: Mercedes González Grande



ISBN: 978-84-143-4507-8
Depósito legal: M-16300-2025
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

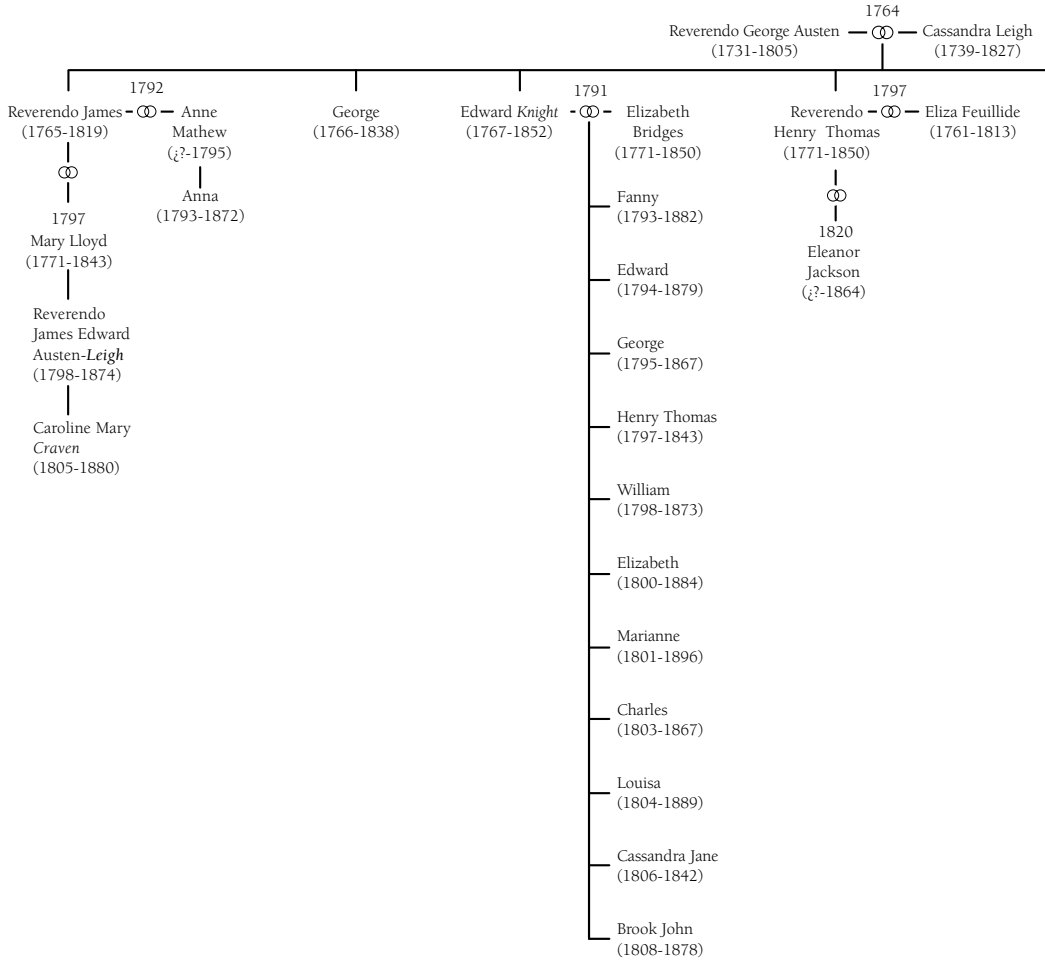
ESPIDO FREIRE

MI TÍA
JANE

La primera biografía
de Jane Austen

ANAYA

ÁRBOL GENEALÓGICO DE JANE AUSTEN



Cassandra
Elizabeth
(1773-1845)

Almirante sir
Francis William
(1774-1865)



1828
Martha Lloyd
(1765-1843)

1806

Mary Gibson
(1785-1823)

Mary Jane
(1807-1836)

Francis William
(1809-1858)

Henry Edgar
(1811-1854)

George
(1812-1903)

Cassandra Eliza
(1814-1849)

Herbert Grey
(1815-1888)

Elizabeth
(1817-1830)

Catherine Anne
(1818-1877)

Edward Thomas
(1820-1908)

Frances Sophia
(1821-1904)

Cholmely
(1823-1824)

Jane
(1775-1817)

1807

Almirante
Charles John
(1779-1852)

Frances
Palmer
(1790-1814)

Cassandra Esten
(1808-1897)

Harriet Jane
(1810-1865)

Frances Palmer
(1812-1882)

Elizabeth
(n. y d. 1814)



1820
Harriet Palmer

Charles John
(1821-1867)

George
(1822-1824)

Jane
(1824-1825)

Henry
(1826-1851)

1. Adiós, tía Jane

Winchester, 8 College Street

Nunca, en mis dieciocho años de vida, me había sentido tan desolado como aquella mañana del 24 de julio de 1817. El sol había asomado un poco durante unas horas, pero pronto volvió a llover, como la semana anterior y como la anterior. Aunque el trayecto entre Steventon y Winchester no era largo, los caminos estaban cubiertos de un barro fino que me había salpicado hasta los ojos, y me sacudí como pude el manto y el sombrero en la entrada de la casita gris que se alzaba ante mí.

Tomé aire antes de llamar a la puerta: al otro lado se encontraban tres de las mujeres que más me querían en este mundo. Una de ellas era mi madre. La segunda era mi tía Cass y la tercera mi tía Jane. Dos de ellas estarían destrozadas por el dolor, y la tercera, mi tía favorita, la divertida, la que siempre estaba de buen humor, la que siempre tenía tiempo para mí, muerta. Aunque llevaba tiempo enferma, aún no podía creérmelo. Un mes y medio antes, mientras yo asistía a mis clases en Oxford, mi padre me había escrito una carta en la que no me permitía que me hiciera ilusiones.

Steventon, 4 de junio de 1817, jueves

Mi querido Edward:

Me duele mucho escribir esto, y a ti te dolerá leerlo, pero debo decirte que ya no podemos engañarnos, y que no hay ni la más mínima esperanza de que nuestra querida y valiosa tía Jane vuelva con nosotros. El doctor Lyford nos ha dicho con franqueza que su caso es desesperado. Tu abuela está sufriendo mucho, pero nada comparable a cómo lo vive Cassandra. Nos da muchísima pena. Tu madre está con ella en Winchester desde el viernes y no regresará hasta que todo haya terminado; cuánto tiempo será eso, no lo sabemos. Te informaremos si hay algún cambio; debes prepararte para lo que la siguiente carta pueda anunciar.

*Tu padre, que te quiere,
James Austen.*

Al pie de la carta mi hermanita Caroline, de doce años, había garabateado.

Edward, estoy muy triste. Ahora me siento como si no la hubiera querido ni valorado todo lo que se merecía.

Yo también me sentía así. La carta, que tanto había temido, había llegado a Oxford el día 20 de julio, y yo, después de haber explicado la situación en la universidad, había regresado a casa cuanto antes, a la rectoría de Steventon donde vivía con mis padres.

—Vaya, qué buena excusa para perderse algunas clases —había dicho William Sloane, mi compañero de cuarto, que siempre se comportaba como un cretino pero se esmeraba especialmente en las ocasiones en las que se requería un mínimo de humanidad—. Voy a empezar a usarla, y así, cada vez que se muera alguna de mis viejas tías, me darán unas vacaciones.

—No sabes lo que dices, estúpido —le respondí—. Nunca habrá nadie como mi tía Jane.

En Steventon me encontré a mi padre en la cama, pálido y debilitado, y a mi hermanita, que no se separaba de él, hecha un mar de lágrimas.

—¿Tú también estás enfermo, papá?

—No me encuentro bien desde hace un tiempo, Edward. Me recuperaré de esto. Pero todos estamos de acuerdo en que la pena y la tensión de acudir al entierro no me convienen, y menos aún con el tiempo de perros que está haciendo. Caroline cuidará muy bien de mí. El resto de tus tíos están ya allí para el entierro y confío en ti para que representes a la familia en mi nombre.

—¿En mí? ¿Iré yo solo? —pregunté, atónito.

—Tu tía Jane fue la primera persona que te tomó en brazos cuando viniste a este mundo, y es justo que tú la acompañes en los últimos pasos que ella dé.

De manera que allí me encontraba esa mañana, casi sin haber dormido, ante la casa en la que mi tía Jane había pasado los últimos meses de su vida. Se había mudado con la esperanza de que el doctor Lyford, que vivía en Winchester y que era toda una eminencia, averiguara qué le ocurría. Sentía una debilidad extrema, se le había oscurecido la piel y le sentaba mal casi cualquier cosa que comía. La tía Jane no era mayor: tenía cuarenta y un años, y, salvo por unas fiebres tifoideas cuando era una niña, no había estado enferma jamás. Al contrario, cuando alguien de la familia enfermaba ella se encargaba de cuidarnos y de consolarnos, y conocía como nadie los interminables síntomas de la enfermedad imaginaria de la abuela, que, desde que yo recordara, siempre había estado, según ella, a un paso de la tumba.

Por fin reuní el valor y llamé a la puerta con suavidad. Me abrió una criada que no conocía, y que me guio, en silencio, al salón de

la casita. Allí, vestidas de luto de pies a cabeza, se encontraban mi madre y mi tía, y en el centro de la habitación, rodeado de ramos de flores, vi el ataúd de madera de nogal. Casi no me atrevía a mirarlo y, al mismo tiempo, no podía apartar la vista de él. Las cortinas ocultaban la luz de las ventanas, y las velas que iluminaban la habitación se habían consumido casi por completo. Abracé a mi madre, y apenas había dado dos besos a la tía Cass, cuando noté cómo una mano se apoyaba en mi hombro.

—Muchacho, ¡cómo me alegro de que hayas llegado! Ahora sí, ahora ya estamos todos.

Era mi tío Henry, el único capaz de mantener la sonrisa incluso en momentos como ese. Hizo una señal a la criada y otra a mí, para que me sentara a su lado.

—Traedle un té, y algo de comer. En unos minutos debemos salir para la catedral. He tenido que mover muchos hilos y pedir unos cuantos favores, pero he conseguido un hueco para que Jane se entierre allí, en el pasillo de la pared norte; eso sí, el funeral debe haber finalizado antes del servicio de las diez, con lo que no podemos despistarnos con el tiempo. Come un bocado y arréglate un poco. ¡Te avisaré cuando llegue el momento!

Me llevaron a la salita contigua y trajeron una bandeja con una taza de té y una sopa humeante que rápidamente me revivió, e hizo que entrara en calor. Entonces tres mozos de la catedral, vestidos con la librea oficial, pidieron permiso para ocuparse de todo, retiraron las flores y colocaron el ataúd en el coche funerario que aguardaba fuera. Tía Cass cogió dos margaritas blancas y las puso con delicadeza sobre la madera. Mis tíos y yo nos alineamos detrás del coche: allí estaba el tío Henry, el banquero, y Frank, el marino. Mi otro tío, Edward Knight, el rico heredero, por quien yo recibí mi nombre. Y yo, en nombre de mi padre, James. De los hermanos Austen solo faltaba el menor, Charles, al

que le había sido imposible venir desde Eastbourne. Él también era marino.

La breve comitiva se puso en marcha. Recorrimos College Street a paso lento. Después, a la derecha, cruzamos bajo la muralla y entramos en el recinto de la catedral. Yo volví la cabeza. No era costumbre que las mujeres asistieran a los funerales, y la tía Cass se había quedado en la casa, asomada a la galería acristalada del primer piso. Cuando dobláramos esa esquina desapareceríamos de su vista, y ella ya no volvería a ver a su hermana, a la que tanto había querido. Con un suspiro, continué, paso tras paso. Bordeamos la catedral, y después entramos por la puerta principal, que nos esperaba abierta de par en par.

Muy pronto todo había acabado. Volvimos a la casa y nos sentamos de nuevo en el salón, unos frente a los otros, en silencio. Trajeron más comida y bebidas calientes para todos. Henry me tendió un periódico, y golpeó sus páginas con el dedo índice:

—Mira, apareció antes de ayer en el *Courier*. Lee la página 4. Era una necrológica muy breve:

El pasado 18 del corriente mes falleció en Winchester la señorita Jane Austen, la hija menor del reverendo George Austen, rector de Steventon, en Hampshire, y autora de Emma, Mansfield Park, Orgullo y prejuicio y Sentido y sensibilidad. Sus modales eran siempre amables; sus sentimientos apasionados; su franqueza insuperable.

Devolví a Henry el periódico, mientras él continuaba con su aire satisfecho, como un gato que hubiera cazado por fin el ratón que perseguía. Crucé una mirada con tía Cass. Las ojeras rodeaban sus bonitos ojos oscuros, pero no perdía detalle de mis movimientos. Hice una señal de sorpresa, y ella se encogió de hombros, resignada.

No me cabía duda de que Henry, que se había encargado de los trámites del entierro, y en su momento había negociado los contratos de los libros de Jane, había escrito aquella necrológica. ¿Quién si no? Y en ella revelaba uno de los secretos que la tía Jane nos había pedido repetidas veces que guardáramos: que ella era quien había escrito algunas de las novelas más originales y que habían dado más de qué hablar de los últimos años.

¿Qué iba a pasar ahora que toda Inglaterra lo sabía?

2. La miniaturista

Chawton Cottage

—No es que no lo supiera nadie —me contó unos días más tarde tía Cass—, pero Henry debería haber sido más prudente.

Poco a poco todo volvía a la normalidad. Mi madre y yo habíamos regresado a Steventon, y yo había avisado a la universidad que me incorporaría de nuevo en cuanto mi padre se recuperara. Tía Cass había abandonado Winchester y la encontré de nuevo en la casa donde vivía con la abuela Austen y con otra de mis tías, Martha. Mediaba el verano, pero los días amanecían tan grises como nuestro ánimo.

—¡Qué alegría, mi niño ha venido a verme! —exclamó la abuela, que siempre me recibía como si fuera su único nieto y no uno entre más de veinte—. Ven, déjame que te vea. ¡Qué alto y qué guapo te has vuelto! De todos mis nietos eres el que más te pareces a mi difunto esposo, y a él lo llamaban «El profesor bonito», de manera que imagínate qué futuro te espera.

—Abuela, si me sigue diciendo esas cosas, se me subirán los elogios a la cabeza y me volveré odioso.

—Tendrías que nacer otra vez para volverte odioso. Cuéntame. ¿Cómo están mis gallinas?

La abuela había habitado nuestra casa de Steventon durante muchos años, antes de vivir en Chawton Cottage, y allí había criado una raza de gallinas que aún alborotaban en el patio. La abuela conocía a cada una por su nombre, y me obligaba a llevar una libreta con el recuento de los polluelos nuevos y las gallinas más ponedoras. Se suponía que una señora de su categoría no debía ocuparse de esas cuestiones, pero la abuela había hecho siempre lo que le venía en gana. Cada vez que comenzaba con las historias de sus gallinas, la tía Jane me hacía muecas a sus espaldas y ponía los ojos en blanco, pero ahora no había nadie en su sitio junto a la ventana, solo un hueco que cada vez se haría más y más evidente.

—Mamá está soportando la pérdida de Jane mucho mejor de lo que esperábamos —me dijo tía Cass, una vez que la abuela se hubo retirado a descansar—. Su generación ha pasado por tantas cosas que parece de hierro.

—Pero si la abuela y la tía Jane reñían de la mañana a la noche —solté yo.

—Sí, porque las dos eran iguales, con poca paciencia y de lengua rápida —dijo ella—. Pero precisamente por eso sé que la echará mucho de menos. Ella la mantenía despierta y ágil de mente. Yo soy mucho más aburrída.

No se me ocurrió nada que decirle, porque la tía Cass, con todas sus virtudes, era, efectivamente, bastante aburrída, de manera que decidí cambiar de tema.

—Tía Cass, quería consultarte una cuestión algo delicada, y hablo también en nombre de mis hermanas. ¿Qué debemos contestar cuando nos pregunten por la tía Jane y sus novelas? Desde que aquella necrológica apareció en el periódico, no hay día en el

que algún vecino o amigo no nos saque el tema. Nosotros no sabemos qué decir. Mamá es de la opinión de que había que hablar de ello con toda normalidad...

—Sí, claro, por supuesto que a tu madre le gustaría contarlo todo, debería haberlo supuesto —susurró ella.

—... y papá no cree que haya razón para tanto alboroto. Pero ha escrito esto. —Y le tendí una hoja a mi tía.

Unos días después de su muerte, mi padre, a quien no haber acudido al entierro de Jane había afectado casi tanto como si hubiera ido, le había escrito a su hermana un poema de despedida.

Caroline y yo lo habíamos visto muy agitado, tanto cuando cogía la pluma para escribir como cuando los versos no acudían a su mente. Mi padre escribía casi todos los días. La mayor parte de su tiempo lo ocupaban los sermones que dirigiría el domingo a sus fieles, pero también escribía poesía, y tras una pelea constante por cada palabra finalmente finalizó un poema titulado «Venta»:

—¿Qué significa «Venta»? —preguntó Caroline, cuando mi padre nos lo leyó.

—*Venta* es Winchester en latín, tonta —me burlé yo, y ella se enfurruñó.

—Las chicas no estudiamos latín. ¿Cómo iba a saberlo?

La tía Cassandra cogió la hoja que yo le tendía y leyó en silencio.

*¡Venta!, dentro de tu sagrado recinto
reposan muchos guerreros caídos en batalla.
Arriba, a cada lado,
reposan ataúdes de antiguos monarcas sajones.
Abajo, bajo su piedra negra,
duermen obispos con mitra y cardenales.*

*Pero sin duda, jamás este venerable templo
contuvo más belleza, sensatez y valía
que cuando, ante el féretro de una hermana,
sus hermanos derramaron lágrimas amargas.
En ella —rara unión— se combinaban
una figura hermosa y una mente aún más bella.
Poseía imaginación vivaz, y un juicio claro y firme,
y un ingenio que jamás causó ofensa.
Un corazón tan cálido como jamás latió,
un carácter siempre sereno y dulce.
Jamás escribió una sola palabra
que hiriera los sentimientos de un amigo;
y no dejó línea escrita alguna
que, tras su muerte, deseara haber borrado.*

Al llegar a este punto, la tía Cass levantó la cabeza y soltó una risita.

—¿Qué «Jamás escribió una sola palabra que hiriera los sentimientos de un amigo»? Ay, Dios mío, Edward, tu padre nunca conoció bien a Jane.

—¿Qué quieres decir, tía?

Cassandra se arrepintió al instante de haberse dejado llevar por la emoción.

—Nada, no hagas caso a tu vieja tía.

—Ya es tarde. Tía, ¿qué quieres decir? ¿La tía Jane escribía cosas que podrían ofender a otros?

Ella suspiró y se detuvo un momento a pensar cuál sería su frase siguiente.

—No. Porque tenía mucho cuidado en que nadie, salvo yo, leyera nunca lo que escribía de otros.

—Eso es un sí, o se le parece mucho.

—Edward, eres muy inteligente y estás estudiando en la universidad, pero tengo la impresión de que nunca entenderías qué significa que dos hermanas tengan la cercanía y la confianza que nosotras compartíamos. Jane escribía muchas cosas para mí y solo para mí, con la seguridad de que jamás se las dejaría leer a nadie... y a veces... a veces sí, podía ser muy crítica con otras personas, y decirlo de tal manera que hiciera reír a otros. Y tú sabes que muy a menudo yo he necesitado que me hicieran reír. Jane era capaz de, con una sola de sus cartas, levantarme el ánimo en algún día triste, cuando me encontraba fuera de casa...

Sí, mi tía Jane era así; cuando venía a visitarnos, y ella nos pastoreaba de camino a la iglesia como corderitos, nos decía, por ejemplo:

—Ahora, mientras vuestro padre lea su sermón, insertad después de cada sustantivo un «*estiércol*». El que se ría, pierde.

Y cuando mi padre comenzaba con el sermón semanal, revestido con toda su dignidad, nosotros escuchábamos:

—Amados feligreses *estiércol*, aunque la semana pasada *estiércol* hablábamos de la importante de acudir al servicio *estiércol* los sermones *estiércol* no son la única forma *estiércol* de salvar almas *estiércol*...

Solo con la primera frase nosotros ya habíamos reventado de risa, mientras mi madre nos daba pellizcos en el brazo, mi padre nos miraba indignado y mi tía continuaba leyendo su misal y cantaba sin saltarse una sola nota. La mitad de las veces acabábamos castigados al volver a casa.

—A mí no me miréis —nos decía, sin una pizca de compasión—. Habéis perdido, y eso es lo que les ocurre a los perdedores.

Sin embargo, me costaba imaginármela en esa faceta que mi tía explicaba. ¿Me hubiera dolido leer lo que había escrito de mí? Sé que estaba muy decepcionada con el comportamiento de algunos

de mis primos Knight, según ella, unos cabezas huecas que solo pensaban en la caza y en el deporte, y que desde que mi hermana Anna se había casado, ellas dos, uña y carne hasta entonces, ya no lo eran tanto. Pero ¿yo? ¿Habría estado a la altura de lo que ella esperaba de mí?

—No te preocupes, Edward —dijo ella, como si me leyera la mente—. Nadie leerá nada inconveniente escrito por Jane. Ya me he encargado de eso.

—¿Cómo? —pregunté.

—Bueno, cuando regresé a casa después de su entierro, revisé todas las cartas que mi hermana me había enviado a través de los años, unas tras otra. Fue muy duro para mí. Volví a vivir nuestros años de juventud, los buenos y los malos momentos, los viajes y las estancias en las casas de nuestros amigos y hermanos. Separé algunas cartas que regalaré a tus primas y a nuestras amigas, me quedé con algunas y quemé todas aquellas que podrían contener algo desagradable o poco adecuado.

No supe qué decir. Me levanté de mi silla, muy nervioso, y me dirigí hacia la chimenea, que estaba encendida pese al mes del año que era, para que no pudiera verme el rostro. Mi tía notó mi decepción.

—Edward, yo ya sé que los chicos ahora hacéis las cosas de una manera diferente, pero en mi generación es muy habitual el que quememos todo aquello que no queremos que vea la luz. ¡Si hasta lord Byron ha dicho en varias ocasiones que ha quemado varios de sus poemas y que espera que a su muerte sus amigos quemem muchos más!

—Pero tía Jane no era lord Byron. ¿Qué podía haber en esas cartas que fuera tan grave como para quemarlas?

Mi tía se acercó a mí y me tomó las manos.

—Absolutamente nada, Edward. No hay complots políticos, ni especulaciones contra el rey, ni comentarios acerca del estado

de la economía, ni nada por lo que puedan acusarla de algún delito. No son cartas interesantes, hijo. Tu tía y yo no hemos tenido vidas de las que poder contar nada más allá de un cotilleo de un vecino, o cómo se encontraba nuestra madre, o qué obra de teatro habíamos ido a ver. Pero a veces..., a veces Jane comentaba algo que... si la persona protagonista lo leyera, se sentiría mal, incluso muy mal. Y ahora que sus novelas se estaban vendiendo tan bien, y que Henry ha dejado caer que esas obras son suyas, tenemos que ser mucho más cautas. No es que no lo supiera nadie; algunos vecinos y algunos miembros de la familia sabían que Jane era la autora de *Sentido y sensibilidad*, de *Emma* o de *Orgullo y prejuicio*, pero Henry debería haber sido más prudente.

—Pero no entiendo por qué, tía; no entiendo por qué ella tenía esa preocupación y por qué a ti también te angustia tanto que se sepa la identidad de tía Jane.

—Porque la fama es peligrosa, Edward —dijo Cass—. Los jóvenes de ahora estáis obsesionados con ella, y los que escribís queréis ver vuestro nombre en la cubierta de un libro y que todos os conozcan. Y a lo mejor eso es ventajoso para los hombres, no lo sé: pero para una mujer soltera, de mediana edad, como era tu tía, no es lo más conveniente. La expone a los ojos de todos. Si fracasa, todos saben que lo ha hecho; si tiene éxito, sufrirá la envidia incluso de gente que no conoce. Indagarán en su vida, hurgarán en la de todos nosotros. No, es mejor que se sepa de ella lo menos posible, y que los libros se sigan publicando únicamente con el nombre de «Una dama».

—No creo que eso sea posible ya, desde que el tío Henry publicó la esquila —reconoció.

Mi tía recorrió el salón a pasitos cortos. Se sentó ante el piano de la tía Jane y lo acarició con la mano izquierda.

—No, tienes razón. Henry es un bocazas. Lo adoro, es el hermano preferido de todos, pero no sabe mantener la boca cerrada. Entonces... no sé qué hacer.

Los dos permanecemos en silencio un tiempo.

—Quizá ayudaría el que escribiéramos una biografía de la tía Jane con aquello que la familia queramos que se sepa y que no se centre en lo que pueda perjudicarla.

Mi tía abrió la boca, horrorizada.

—¿Cómo puede proteger la intimidad de mi hermana el escribir un libro sobre ella? ¡Eso es exactamente lo opuesto a lo que quiero!

—No, tía, piénsalo bien. Si nosotros nos adelantamos a contar cómo era ella, el público que está leyendo sus novelas lo sabrá por nosotros, y sabrá lo que queramos contarle. No habrá un intelectual fastidioso que meta las narices en sus asuntos y que le pregunte a unos y a otros por ella, porque nosotros habremos dejado claro que en una persona tan sencilla y tan poco interesante como ella no hay nada más que investigar.

—Mi hermana no era nada sencilla, y a mí sí me parecía interesante —comenzó a decir ella—. Es solo que hay cosas... Oh, Dios mío, me estoy acordando del bibliotecario del rey, ese hombre odioso..., a él le encantaría escribir sobre Jane, y estoy segura de que lo que diría de ella sería terrible y erróneo. Quizá tengas razón. Sí, Edward, sí, cuanto más lo pienso mejor idea me parece. Creo que en diciembre aparecen dos nuevas novelas de Jane. Henry se está encargando de ello. Esa sería una ocasión perfecta para que apareciera su biografía.

—Muy bien —dije yo—, hablaré con mi padre para que comience cuando antes. No se encuentra muy bien ahora, pero estoy seguro de que cuando se recupere...

Cassandra me puso la mano en el brazo.

—Ah, no, Edward, tu padre no puede encargarse de eso. Ya me ha demostrado que nunca entendió bien a Jane, se llevaban demasiados años, y tu madre... Tu madre es una buena mujer pero se mete en todo, en lo que entiende y en lo que no. No, quiero que te ocupes tú de ello.

—¿Yo? —dije, con la sorpresa más sincera. Nunca me hubiera imaginado que tía Cass pensara en mí, aún un estudiante, para algo así—. Pero si yo... ¿No prefieres escribirlo tú?

—Tú sientes afición por la literatura, y yo no sé escribir una palabra detrás de otra. Me cuesta años finalizar cada carta, y las mías no son más que listados de lo que he hecho y lo que tengo que hacer. No, yo sé que a Jane le gustaban tus historias, y tú y yo nos entenderemos bien...

—Pero yo no viví con ella, ni sé nada de cuando era joven...

—Yo sí.

Conocía a la tía Cass lo suficiente como para saber que no iba a convencerla para que abandonara esa idea. Y, por otro lado, no me disgustaba. Era verdad que me gustaba escribir, y que la propia Jane me había dado algún consejo sobre ello. Me acordaba, sobre todo, de una carta que me había mandado por su último cumpleaños, en la que intentaba consolarme porque había perdido un cuadernito de tapas de marfil en el que escribía una novela.

¡Qué bien que ya estés en Oxford, querido! ¡Ya usas el título de caballero! Una de las razones por las que te escribo ahora es para tener el placer de dirigirme a ti así. ¡Caballero James Edward Austen! A propósito, querido, estoy bastante apenada por la pérdida que menciona tu madre en su carta. ¡Que te falten dos capítulos y medio es un desastre! Menos mal que no he estado últimamente en Steventon, y por tanto no puedo ser sospechosa de habértelos quitado: sería como si te robase dos ramitas y media para mi propio nido.

No, no creo que ese robo me hubiera servido de mucho. ¿Qué podría hacer yo con tus descripciones tan enérgicas y viriles, tan llenas de... de vida? No encajarían en el trocito de dos pulgadas de ancho de marfil sobre el que trabajo con un pincel tan fino que casi ni se nota después de tanto esfuerzo. Yo, querido, soy una miniaturista.

Sí, mi tía se burlaba de mí, como siempre, y me había puesto en mi sitio. De hecho, abandoné aquella novela, que no tenía ni pies ni cabeza, y me puse de nuevo a estudiar.

—Además —añadió mi tía, señalando el poema de mi padre que había quedado abandonado sobre la mesa—, no pretenderás que le deje una cosa tan delicada a James y a su terrible estilo.

—No, tía. Así, además, tendré la ocasión de visitarte más a menudo. Nadie conoció mejor que tú a mi tía Jane y necesitaré tu testimonio.

—¿Por qué nos vas a visitar más a menudo, querido? —quiso saber mi abuela, que entraba en ese momento en el salón.


—Edward nos ayudará con la obra de Jane, mama.

—Creí que eso era misión de Henry... Muy bien. Ven cuando quieras, Edward, me encontrarás justo donde me dejas: en el sofá. A veces pienso que el buen Dios se ha olvidado de mí; pero supongo que vendrá a por mí cuando le parezca bien.

—Abuela, usted nos sobrevivirá a todos —dije, y me despedí de ellas con un beso y una carcajada.

La abuela no nos sobrevivió a todos, pero sí a muchos de sus familiares y amigos de su generación y de la siguiente. Murió en enero de 1827, a la edad de ochenta y ocho años. Y fue enterrada en Chawton, en el pequeño cementerio junto a la iglesia de San Miguel a la que durante muchos años acudió cada domingo.

Pero para eso todavía faltaban muchos años, y antes de ello yo llegaría a conocerla mucho mejor a ella, a Cass y a mi tía Jane.



UNA NOVELA ÍNTIMA
Y REVELADORA SOBRE
LA FAMILIA Y LOS SECRETOS
DE JANE AUSTEN

En julio de 1817, Edward Austen asiste al funeral de su tía Jane, sin saber que ese día cambiará su vida. Cuando la familia revela públicamente que Jane era la autora de *Orgullo y prejuicio*, Edward inicia un viaje entre recuerdos, secretos y cartas quemadas, descubriendo la verdadera personalidad de su tía.

Espido Freire nos invita a recorrer el universo Austen a través de los ojos de Edward, en una novela coral sobre amor, secretos y el nacimiento de un legado literario inmortal.

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com

1562551

I S B N 978-84-143-4507-8



9 788414 345078